

Comisión de la Verdad

Continuando con su ardua y valiosa tarea, la CVR emprendió, en el marco de su segunda temática (mujeres), las audiencias públicas de Tingo María y Abancay, y realizó la segunda exhumación de cadáveres, esta vez en Totos (Ayacucho). En las páginas que siguen damos cuenta de estas actividades y publicamos una crónica del encuentro de mujeres afectadas por la violencia política, realizado en Lima. En la misma línea, en nuestra habitual sección "Imágenes del Perú" incluimos fotos de la muestra "Testimonios de dolor y coraje", de la antropóloga y fotógrafa Nelly Plaza, realizada a iniciativa de Consejería en Proyectos.

Rompiendo el silencio, con mirada y voz de mujer

Hildegard Willer

El 10 de setiembre último tuvo lugar, en Lima, un encuentro de suma importancia para las mujeres y hombres del país: la audiencia pública de la Comisión de la Verdad para las mujeres afectadas por la violencia política.

¿Qué es lo especial de la violencia contra la mujer? La violencia contra las mujeres demuestra características espectaculares y dramáticas, y algunas de sus consecuencias, como el embarazo a raíz de violaciones, no son sufridas por los hombres.

En la historia de la humanidad, que suele coincidir con la

historia del patriarcado, las mujeres siempre han sido usadas como "armas de guerra"; por ejemplo, para erradicar un pueblo. La novedad alentadora es que a partir del conflicto en la ex yugoslavia los actos violentos contra la mujer ya no quedan impunes sino que son juzgados como "crímenes de guerra específicos".

En el Perú las mujeres víctimas de la violencia política visten colores y hablan otra lengua: cuatro de las siete testimoniantes fueron campesinas quechua-hablantes que acudieron al auditorio limeño en sus trajes provincianos para contar cómo la violencia política marcó su

historia personal. La realidad cruda de la discriminación doble o triple irrumpió en el auditorio limeño con el testimonio de estas mujeres venidas de la provincia. Porque justamente fueron víctimas predilectas de la violencia no solo por ser mujeres, sino por ser además campesinas, provincianas y pobres.

"Sufrí mucho por ser campesina", contó Feliciano Quispe Huamaní, del departamento de Ayacucho, como si sus múlti-

Hildegard Willer es comunicadora social y trabaja en IDL. En la elaboración de esta crónica participó también Nicole Cornejo.

ples sufrimientos se resumieran en su condición de campesina.

"Los soldados pasearon sobre nosotras"

El lenguaje delata. Justamente porque los soldados no se pasearon sobre "nosotros" sino sobre "nosotras". Porque se pasearon —eufemismo para la violencia sexual— sobre las mujeres. Según los testimonios que escuchamos, la guerra tenía al lado de ciudades y campos un tercer campo de batalla: el cuerpo de mujer, que había que marcar, herir, destruir, para hacerle daño al blanco pretendido: el hombre. En su mayoría, las mujeres fueron blanco de la guerra no porque constituyeran una amenaza sino como un medio para herir o castigar a sus hombres, sean estos los esposos, padres, hermanos o hijos en la mira de uno u otro bando de la guerra. Porque los códigos de guerra, como explicó la socióloga Narda Henríquez, todavía consisten en feminizar al oprimido.

"Los soldados y los terroristas mataban igual a todos"

Celestina Flores Cevallos, de Chapi, no fue la única testigo en sufrir la violencia tanto de las fuerzas estatales cuanto de Sendero Luminoso. Primero incursionaron los terroristas en el pueblo, destruyendo todo; después vino la Policía a matar y a detenerlos.

Las historias de la mayoría de las mujeres parecen algo confusas.

Porque la realidad que vivieron era extraña y cruel, al punto que ya no permitía distinguir quiénes eran sus victimarios.

En los testimonios, los actos de Sendero Luminoso o de las fuerzas del orden son casi invariables. Y no aparece ninguna fuerza salvadora: las pocas mujeres que salieron a buscar justicia no fueron atendidas e incluso hasta se las castigó.

Odiseas y hambre

El hijo de año y medio de Celestina Flores Cevallos murió de hambre cuando huía con su madre de las fuerzas de turno. Las historias no hablan solo de violaciones y tortura, sino también del despojo de animales, casas, bodegas... Las mujeres, con sus hijos, tuvieron que emprender largas odiseas, caminatas acompañadas siempre por el hambre, huyendo de un refugio al otro hasta hallar un lugar seguro. Lugar que a veces no han encontrado aún hoy.

Casi todas las mujeres víctimas también son madres. Su tarea de cuidar y criar a sus hijos se ha hecho extremadamente dura en la época de violencia. Como Nemencia Bautista, que vivió la tortura de su esposo y después múltiples violaciones con su pequeño bebé en brazos, y que dice orgullosamente: "De todos modos he sacado adelante a mis hijos, trabajando en la chacra. Ahora han hecho sus títulos, y no consiguen trabajo". ▲

